

En ninguno de estos dos tipos puede ser incluida la labor literaria de Caro Baroja, aunque presenta más analogías con el segundo. Se preocupa así de la producción del hecho literario, de si el autor coincide o no con el transmisor —a este respecto expondremos más tarde, la función del ciego como simple transmisor de una «literatura de cordel» o de creaciones cultas que él no ha producido—, del público receptor, y en este sentido se ha lamentado más de una vez de que no se haya elaborado en España una *historia de la lectura*, etc. En definitiva, Caro no trata de investigar la especificidad del hecho literario, sino aquello que lo rodea, lo produce y consume. En este sentido podemos hablar de *sociología de la literatura* y estudiar algunas de sus obras bajo esta perspectiva. Se trata precisamente de aquellas producciones que tienen que ver con lo que se ha denominado «literatura marginada», «literatura de cordel», «literatura de tipo popular o popularizada».

La literatura de tipo popular

«Personalmente —escribe Caro—, como historiador de la literatura de cordel, acepto que estoy metido en un infierno. La aceptación del hecho de modo absoluto, no metafórico, me hace encontrar el método a seguir, porque, al punto, me hago la siguiente pregunta: “¿Qué encontrarás en el infierno según se acepta por cristianos y gentiles?”. La respuesta es ésta: “A gentes que se hallan condenadas por haber tenido, en vida, pasiones desenfrenadas”. He aquí, pues, mi punto de arranque. La “literatura de cordel” es, en esencia, el reflejo de las pasiones más populares, según se han manifestado de cuatrocientos años a esta parte. Es lo que se ha seleccionado oscuramente para o por el pueblo, lo que se ha creado deliberadamente, por él o para él, atendiendo a criterios que no son fáciles de comprender por ciertos críticos, por ciertos moralistas, por ciertos historiadores de alto coturno, o por lo menos de alto copete. Sí: mejor copete, o coletilla dieciochesca, que clásico coturno trágico»⁶.

En la historiografía literaria los críticos en general y no sólo de «alto copete» han venido obviando u olvidando la literatura de cordel y otras manifestaciones de tipo popular. El fenómeno no es exclusivo de nuestro país, ya que como han explicado Lotman y Uspenkij, entre los mecanismos semióticos de la historia cultural se encuentra el *olvido*, por medio del cual la cultura oficial excluye de su propio ámbito aquellas manifestaciones que no le son cómodas⁷. Este olvido se ha venido denunciando por los primeros historiadores de nuestra literatura, y, de forma paradójica, a la vez que se denunciaba el fenómeno no se les otorgaba carta de natura-

⁶ Caro Baroja, J.: Ensayo sobre la literatura de cordel, ed. cit., p. 524.

⁷ Lotman, J. M.-Uspenkij, B. A. (eds.), Ricerche semiotiche. Nuove Tendenze delle scienze umane nell'URSS, Turin, Einaudi, pp. 74-75.

leza en los tratados y en las investigaciones al uso. Ya en 1849 George Ticknor —en el primer intento orgánico de considerar la totalidad de la literatura española desde sus orígenes, dando a cada tema el lugar y las dimensiones apropiadas— señala «el desdén y el desprecio con que las clases elevadas de la sociedad» miran a la literatura verdaderamente popular, a «composiciones tan espontáneas, libres y, por lo tanto, mal entendidas»⁸. Unos años más tarde, Amador de los Ríos —cayendo en lo que Ticknor había denunciado— rechazaba en bloque, referido al Siglo de Oro, lo que llamaba «el pueblo y sus frutos», cuyo valor negativo achacaba al ciego fanatismo religioso y dolorosa servidumbre política⁹. Argumentos semejantes han sido utilizados para rechazar géneros populares como los libros de caballerías. Así, el dramaturgo inglés Ben Johnson (1572-1637), como ha puesto de manifiesto Caro Baroja, en su acción teatral *New Inn*, viene a demostrar que, en su época y en su país, había gente de indudable tendencia reformista que no sólo consideraba los libros de caballerías como poco ejemplares desde el punto de vista moral, sino también abortos salidos del «oscuro claustro», es decir, creaciones católicas, medievales en esencia¹⁰. Entre 1861 y 1865, el hispanista austriaco Ferdinand Wolf sacaba a la luz su *Historia de las literaturas castellana y portuguesa* —traducida por Unamuno y publicada en España en 1895—, en la que distingue entre populacho y pueblo, acercándose de una forma más comprensiva a las obras escritas por y para este último. Alaba Wolf el criterio seguido por Agustín Durán en su *Romancero* al recoger muestras de «romances vulgares». Sin embargo, el propio Durán también fue selectivo en su labor de recopilador de romances, y como explica Caro Baroja, no incluyó composiciones referidas, por ejemplo, a Diego Corrientes, Jaime el Barbudo y José María el Tempranillo, muy celebradas por las gentes de su época, como reconoce el propio recolector¹¹.

Pero la historia de estos olvidos viene de más atrás. En pleno Siglo de Oro se lamenta Gonzalo Correas de que las poéticas y gramáticas no hagan caso de las coplillas que compone y canta la gente vulgar. No han faltado las apelaciones a la protección oficial, como la formulada por el político español Salustiano de Olózaga en el siglo XIX: «...mientras a la poesía popular o más bien a los que la cultivan con acierto, no dispense el Gobierno una protección correspondiente a la importancia de su objeto, que es mayor de lo que parece a primera vista, porque influye directamente en las costumbres del pueblo, difícil será que ingenios sobresalientes se dediquen a ella»¹².

Los recolectores de cuentos y poesías populares han manifestado desde el principio estas mismas quejas. A mediados del siglo XIX, Fernán Caballe-

⁸ Ticknor, G.: *Historia de la literatura española*, Buenos Aires, Bajel, 1949, p. 132.

⁹ De los Ríos, A.: *Historia crítica de la literatura española*, 7 volúmenes, 1861-1865, vol. II, pp. 496-499.

¹⁰ Caro Baroja, J.: *Ensayo sobre la Literatura de Cordel*, ed. cit., p. 525.

¹¹ Caro Baroja, J.: *Ensayo sobre la Literatura de Cordel*, ed. cit., p. 133.

¹² Olózaga, S.: «Exposición sobre la literatura popular», en AHN, Consejos, leg. 11318 (citado por Leonardo Romero Tobar en *La novela española del siglo XIX*, Madrid, Ariel-Fundación Juan March, 1976, p. 230).

ro observa que existe un vacío en nuestra literatura por la ausencia de este tipo de publicaciones¹³, y don Emilio Lafuente y Alcántara expresa la necesidad de que se realicen «comentarios» de las colecciones de cantos populares¹⁴. Casi a finales del siglo XIX sostiene Joaquín Costa que no se le ha prestado la debida atención al problema de la génesis y desarrollo de estas manifestaciones populares¹⁵.

Caro Baroja expresa juicios semejantes y constata el menosprecio de este tipo de creaciones por parte de los estudiosos que se estiman serios y graves. Pero a renglón seguido reproduce una frase escrita por Lord Shaftesbury a comienzos del siglo XVIII, en la que se expresa que «esta gravedad es la verdadera esencia de la impostura», y «si esto era verdad a comienzos de aquella centuria creo que aún era más cierto en el siglo XIX y lo es en el que corre. Nuestra España popular, dieciochesca y decimonónica, ha sido criticada por “impostores graves” y con ellos, o por influencia de ellos, por algunos hombres de bien»¹⁶. Estas condenas y excomuniones vienen de todas las direcciones: los de derecha condenan el carnaval como residuo de paganismo, como fea muestra de la sensualidad desenfrenada, y los de izquierda como cosa atávica e indigna de una sociedad bien organizada. Por los mismos o parecidos motivos se han condenado el teatro del Siglo de Oro, los bailes y otras manifestaciones culturales. Para criticar estas creaciones se han esgrimido razones de tipo ético y estético. Caro se refiere, entre otros, a Durán, el gran recolector de romances: «Severísimo fue don Agustín con los pobres autores de romances vulgares y con el público que gustaba de ellos»¹⁷.

Don Juan Valera observa que a comienzos del siglo XVIII se produce una disociación entre lo popular y lo culto¹⁸. En el campo de la literatura don Leandro Fernández de Moratín lanza los mayores anatemas contra la *depravación* del gusto de la *multitud* por la lectura de los libros de caballerías, la *corrupción* del pueblo, provocada por la tendencia fantástica de los autores teatrales, la *equivoca devoción del vulgo* manifestada en los autos y el teatro religioso en general...¹⁹. Por la senda abierta por Moratín caminaron otros detractores hasta que se intentó dignificar la literatura de tipo popular: «Tuvieron que venir los jóvenes de la generación de mi tío, llámesele del 98 o no, para sentir por lo popular sensaciones distintas, de cierta solidaridad o simpatía por lo menos»²⁰.

Ante estas afirmaciones de Caro, conviene advertir, por una parte, que la simpatía de algunos de los más representativos del 98 no fue tan franca —Pío Baroja, por ejemplo, intentó ridiculizar el flamenco y calificó de “brutal” a la jota— y, por otra, escritores como García Gutiérrez y los citados Valera y Costa se les adelantaron en sus apreciaciones. El autor de *El Trovador* dedicó a la poesía popular su discurso de ingreso en la Academia²¹, y lo

¹³ Böhl de Faber, C., «Fernán Caballero»: Cuentos y poesías populares andaluces coleccionados por..., Sevilla, Imprenta y Litografía de la Revista Mercantil, 1859, p. XII.

¹⁴ Lafuente y Alcántara, E.: Cancionero popular, 2 vols., Madrid, Carlos Bailly-Bailliére, 1865, I, p. XII.

¹⁵ Costa, J.: Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispanas, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1888, p. 134.

¹⁶ Caro Baroja, J.: Ensayo sobre la Literatura de Cordel, p. 18.

¹⁷ Caro Baroja, J.: op. cit., p. 20.

¹⁸ Valera, J.: «De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente», Crítica literaria, en Obras completas, Madrid, 1909, vol. XXIII, pp. 239-254.

¹⁹ Fernández de Moratín, L.: Orígenes del teatro español, en Obras de D. Nicolás y D. Leandro Fernández de Moratín, B.A.E., vol. II, p. 160.

²⁰ Caro Baroja, J.: Ensayo sobre la Literatura de Cordel, p. 28.

²¹ García Gutiérrez, A.: La poesía popular, discurso leído en la R.A.E., en su recepción, el día 10 de mayo de 1862, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1862.